



Eduardo
Jozami

2922
DÍAS

Memorias
de un preso
de la
dictadura

Sudamericana

Eduardo Jozami

2922 días

Memorias de un preso de la dictadura

Sudamericana

Para Lila y Lucía

Prefacio

Algunos libros se escriben de un impulso; el autor no puede demorarse mucho tiempo, se siente compelido a terminarlos. Éste no es uno de ellos. Han pasado más de treinta y cinco años desde que comenzaron a producirse los hechos que constituyen la materia de este relato. Tardé mucho en decidirme a poner sobre el papel algún recuerdo, pero desde el primer día de cárcel supe que este texto iba a ser escrito. Sin exagerar, podría decir que vivía todo lo que me ocurría como parte de un libro futuro que, sin embargo, en un principio me costaba imaginar.

Se dice, lo ha escrito Primo Levi, que el detenido lucha por sobrevivir porque siente la necesidad de dar su testimonio. Desde que salí en libertad he hecho muchas declaraciones públicas, he escrito artículos y algunos textos de mayores pretensiones, dando cuenta de mi visión sobre lo ocurrido en la Argentina de los años setenta. También buena parte de mi actividad como legislador y en otras funciones públicas ha estado marcada por la intención de recuperar los aspectos que considero más valiosos de esa experiencia. Este libro tiene un propósito distinto. No agrega demasiado a los testimonios que he prestado en sede judicial y que contribuyeron para condenar a los responsables de los graves delitos cometidos en las cárceles. Los episodios que aquí relato hacen un aporte, espero, en un sentido diferente.

Aunque se trata de un escrito muy personal que no pretende reflejar las vicisitudes de todos los presos políticos, este libro quizá pueda servir para iluminar una dimensión de subjetividad muchas veces ausente de las crónicas: cómo se vivían las vejaciones que soportábamos, cómo imaginábamos la realidad exterior, qué expectativa alentábamos para una futura libertad. También alumbra una faceta importantísima de la vida en común, fundamental para aguantar cotidianamente lo peor: la solidaridad que se generaba entre todos los presos políticos, el modo casi adolescente en que establecíamos relaciones entre nosotros y nos hacíamos uno frente a quienes querían someternos.

Como no podía ser de otro modo, en este escrito abundan las reflexiones políticas. Éstas, sin embargo, no tienen la pretensión de explicar la génesis y el comportamiento de la dictadura ni la actuación de los diversos sectores sociales y políticos en la coyuntura. En mi biografía de Rodolfo Walsh, y en otros trabajos, creo haber resumido mi pensamiento sobre esta etapa argentina. Soy parte de esa generación que creyó redescubrir el mundo con la revolución cubana y, más tarde, fue atraída por el peronismo y arrastrada a la acción armada por el cierre de toda posibilidad democrática en la Argentina de los golpes militares.

En el texto se advertirá cuán profunda es la marca que ese proceso dejó en el autor de estas memorias. Como señalo en alguna parte de este escrito, "revolución" era la palabra de orden en torno de la cual se organizaba no sólo la militancia sino la vida misma.

Sería equivocado creer que un texto tramado de recuerdos y de sueños pudiera constituirse en una crónica objetiva. Los hechos aquí relatados no han sido olvidados porque durante todos estos años los he ido atesorando con cuidado, jugando amorosamente con los recuerdos, adornándolos, probablemente de modo inconsciente, con algún agregado que hace más nítidos los contrastes, que destaca aquello que puede resultar atractivo en una situación tan rutinaria como la vida carcelaria.

Desde esta perspectiva, podríamos considerar que esta memoria es también un texto de ficción. No hay en los hechos que la narración incorpora uno solo que haya sido inventado por el autor, pero ficción no es sinónimo de falsedad, es un modo de relatar que no contrasta necesariamente con la verdad. Se sabe, además, que la memoria es subjetiva y selectiva, olvida ciertos episodios y jerarquiza otros.

El autor sería el primero en advertir a los historiadores que no tomen como datos irrefutables las afirmaciones de un escrito rumiado y repensado a lo largo de tan extenso período. Pero quizás el texto sirva para entender la experiencia de quienes militamos en ese tiempo, para ubicarse en una época en que era la política la que parecía dar sentido a toda otra manifestación de sociabilidad.

Se ha debatido mucho en la Argentina sobre el modo en que las ficciones políticas y algún género testimonial, despreocupado de un cotejo riguroso con la realidad, recrean ciertos hechos históricos. A mi juicio, en este caso no cabe la vana empresa de trazar límites precisos entre los géneros ni tampoco la de establecer prohibiciones para la ficción, señalando las cuestiones de las que no podría ocuparse. No hay tema suficientemente serio o sagrado (la discusión se ha planteado en torno del Holocausto) como para que no pueda ser abordado desde la literatura y el arte, pero no por eso es menos cierto que cada uno asume la responsabilidad por lo que escribe y por el modo en que ese texto construye opinión.

Una buena experiencia

Cuando las puertas de la cárcel se cerraron a mis espaldas, me pregunté si lo que vendría podía ser peor que lo vivido en los últimos días. La de las puertas no es una imagen original, pero así lo sentí yo: como si hubiera sido necesario, entre fantasías y temores, algún recuerdo concreto cuya realidad no pudiera cuestionarse para simbolizar el ingreso a la nueva etapa. La semana anterior me habían parado dos veces en la calle. La primera vez pasamos el control policial sin problemas, a pesar de que cuatro personas jóvenes en un auto debían necesariamente llamar la atención. La segunda, en el puente de la estación Liniers, los policías revisaban a unos y dejaban pasar a otros, entre los que me tocó estar a mí.

Tres días después me detuvieron de la manera más zonza, como suele ocurrir. Si el compañero que conducía no hubiera detenido la marcha cuando vio a los coches policiales que cortaban la calle, habríamos pasado como señoritos: nuestra documentación estaba muy bien. Cuando un coche policial se nos vino encima, estacionamos para simular que íbamos a tomar un café, pero en esa larga cuadra de la porteña avenida Juan Bautista Alberdi no había ni siquiera un kiosco. Ante esa actitud que les pareció tan sospechosa, nos revisaron de forma tan minuciosa como para encontrar los materiales que trasladábamos, embutidos debajo del baúl. Así eran casi siempre las caídas; se cometen errores: el comportamiento de las

personas suele ser un poco menos previsible de lo que suponen las normas de seguridad de cualquier organización.

En esos días, uno se sentía acosado desde que salía a la calle o, mejor dicho, antes, porque cualquier ruido raro en la puerta de la casa suponía montar una complicada respuesta para defenderse y ocultar algunos materiales y pertrechos que no debían ser encontrados. Con Lila, mi mujer, nos habíamos mudado a una vivienda suburbana, más cercana a la zona en que militábamos, pero debíamos ser muy cuidadosos para no diferenciarnos demasiado de la vida rutinaria de nuestros vecinos. Faltaban algunos meses para el golpe militar y, a diferencia de nosotros, la mayoría de la gente no se sentía perseguida porque la represión era bastante selectiva. Pero, aunque el contexto era todavía de cierta normalidad, resultaba difícil viajar en colectivo con los fierros encima sin sentirnos inquietos: por momentos parecía que todo el mundo nos estaba mirando.

Mi detención tuvo un aspecto afortunado. Ese día, 12 de setiembre de 1975, la presidenta Isabel Martínez de Perón, jaqueada por su salud, por los militares y la oposición, pero, sobre todo, por su propia incompetencia, había dejado el poder con una licencia y ello provocó la renuncia del ministro del Interior y de las autoridades policiales. En consecuencia, la Superintendencia de Coordinación Federal, el ominoso lugar de los interrogatorios, quedaba sin titular y no se podía remitir allí a los detenidos, dato que, obviamente, yo ignoraba. Mientras daba por seguro que iba a ser nuevamente torturado, caminaba nervioso por el calabozo de la comisaría. Pensé que esta vez podría ser menos duro que en ocasión de mi secuestro, tres años antes. Además, como ahora estaba detenido legalmente, podía confiar en que la tortura no duraría más que algunos días. Creyendo que me serviría como preparación para el momento temido, traté de recordar las sensaciones que provocaba en el cuerpo la picana eléctrica, precisamente lo mismo que hacía tres años intentaba olvidar.¹

Me sacó de mis cavilaciones el subcomisario, un flaco de tupidos bigotes, bastante desagradable, con aires de villano cinematográfi-

co a pesar de su aspecto de oficinista, que nos trataba con cierto desprecio. Su actitud difería de la de su superior, el comisario, que tenía un trato profesional y hasta respetuoso, lo que permitió que tuviéramos un diálogo interesante una vez que nos encontramos en el juzgado. El subcomisario, que alardeaba de sus conocimientos sobre la “subversión” y, en particular, sobre mi actividad política y sindical anterior, me comunicó que seríamos trasladados de inmediato al palacio de Tribunales, lo que significaba eludir el temido interrogatorio prejudicial. “Van a ir directamente al juez —anunció el oficial, y agregó—: como les gusta a ustedes.” Eufórico por la buena noticia, me sorprendí escuchándome contestar: “Como manda la ley”. En el rostro del policía se reflejó una indignación que sólo podía tener una lectura: con gente como ustedes, las leyes están de más.

En esa época, en Buenos Aires todavía no se mataba a los prisioneros políticos. Pero todo parecía indicar que la detención no sería por poco tiempo. Esperaba poder aguantarlo. Régis Debray —al que años antes había escuchado y leído con mucho interés, aunque con la desconfianza que siempre me provocaron las opiniones demasiado rotundas— atribuía al Che la afirmación de que los militantes comunistas resistían la tortura y la cárcel, pero no tenían la disposición necesaria para asaltar un nido de ametralladoras. De todos modos, más allá de la retórica soberbia de Debray, que nunca asaltó un nido de ametralladoras, de lo que se trataba ahora era de aguantar la cárcel, y yo tenía cierta confianza en que lo podría sobrellevar.

Pero resultaba imposible compartir estas reflexiones. Primero, porque yo no tenía muchas ganas de hablar. Luego, porque mi acompañante en el trayecto de Tribunales a la cárcel de Villa Devoto —un pibe muy joven, militante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)— no cesó de comentar los éxitos de su organización. No le creí demasiado. Ya en setiembre de 1975 las cosas no andaban tan bien, aunque las organizaciones desbordaran optimismo: en el mismo momento en que nos detuvo la “pinza” policial (tres patrulleros y agentes con armas largas) —en esos traslados que atrave-

saban el centro de la ciudad teníamos que ir desarmados; si no, no estaría contándolo—, mi compañero me explicaba que en la Argentina no podía haber un golpe al estilo pinochetista. Yo también había leído el documento de Montoneros al que se refería, y pensé, entonces, que probablemente el autor de ese texto no sabría que también la izquierda chilena había sostenido que, debido al profesionalismo y la excepcionalidad de sus fuerzas armadas respecto del resto de América Latina, nunca podría ocurrir en Chile lo que finalmente ocurrió.

Cuando se abrieron las puertas de la celdilla del camión celular en la que había viajado apretado contra mi compañero de viaje — las piernas entrelazadas, el codo de uno en el cuello del otro— tuve que cesar en mis cavilaciones. Nos hicieron bajar y, sin maltrato, nos ubicaron en una sala grande de paredes altas y desnudas, que podían ser de un hospital o de un colegio. No hicieron diferencias entre los que veníamos en el camión. Algunos mostraban la tranquilidad del que llega a un lugar conocido, otros mirábamos para todos lados tratando de imaginar lo que vendría. Los presos políticos y los comunes se observaban con curiosidad y desconfianza, pero no siempre resultaba fácil saber quién era quién.

Algunas caras no me resultaron muy atractivas, pero encontré un grandote de no más de treinta años y apariencia de muchacho de barrio, con quien nos miramos y simpatizamos enseguida. Cuando le dije que era la primera vez que entraba a Devoto ya que, hasta entonces, sólo había estado en comisarías o secuestrado quién sabe dónde, el grandote comenzó a aconsejarme. En todos los años que estuve preso, no olvidaría la recomendación: "Acá, pibe, no hay que ser ni el más vivo ni el más boludo. Ésa es la manera de pasarla bien". Después fueron llamando a los presos políticos y, cuando yo también me aparté del grupo, el grandote no pudo creerlo. La cara de asombro parecía decir: "Qué hacés con éstos, vos, que parecías un tipo normal".

Con las manos atrás —años después de salir de la cárcel todavía resultaría difícil quitarse esa costumbre—, nos llevaron a unas celdas

individuales que eran, según me enteraría más tarde, las destinadas al ablande de los recién llegados. Un par de semanas de aislamiento volvería más sumisos o, por lo menos, más tranquilos a quienes venían de la calle y que, al entrar al penal, se veían casi eufóricos, como chicos en patio de colegio. Quizá porque ya habían pasado la tortura, porque fantaseaban con una salida rápida o, simplemente, porque estaban vivos. Nos libramos, por fortuna, de la paliza que muchas veces acompañaba la recepción. Como aprendería después, para los poco imaginativos guardiacárceles, algunos golpes constituyen el mejor remedio en las situaciones más diversas.

Tirado en el suelo sobre un colchón, miraba las cuatro paredes del calabozo. Me felicitaba por estar vivo, pero también me interrogaba sobre la vida en la cárcel. A lo mejor podría escribir, algo que afuera me costaba bastante, estudiar o aprovechar el tiempo de algún modo. Pero lo que comenzó a preocuparme fue advertir que me sentía más tranquilo estando en la cárcel, que no era precisamente lo que se esperaba de un militante. Los días previos a la caída habían sido muy difíciles, con la sensación de que uno podía ser detenido en cualquier momento. En el barrio donde hacíamos nuestra tarea política, la adhesión de la gente menguaba día a día, y cuando volvíamos de las reuniones los controles policiales se hacían cada vez más frecuentes.

El peligro constante de caída no había sido, sin embargo, lo peor en los días previos. Lo más insoportable era la creciente conciencia de que no hacíamos las cosas bien: las conducciones de la Regional Buenos Aires y de la Columna Oeste del conurbano repartían felicitaciones por las operaciones de las milicias —se incendiaban locales de empresas extranjeras o sitios tradicionales de la oligarquía argentina—, pero nadie llevaba la cuenta de cuántos militantes de las agrupaciones sindicales y territoriales de Montoneros se iban alejando a medida que se incrementaba la represión.

Esa sensación de angustia se hizo mayor luego de la conversación, un par de semanas antes de mi detención, con un compañero junto a quien el año anterior habíamos editado un periódico sin-

dical con la intención de valorizar más el trabajo político. La crítica al militarismo que subyacía en nuestros planteos, aunque nos cuidáramos mucho de explicitarla, hizo que del periódico zonal de la Juventud Trabajadora Peronista no pudieran salir más de dos números. Después fuimos trasladados a zonas diferentes y no volvimos a vernos hasta que, en agosto de 1975, me llamó para que tomáramos un café.

“Me voy de la organización”, me planteó sin rodeos. Azorado, yo le dije que si quienes teníamos un pensamiento más político nos alejábamos, el rumbo equivocado se profundizaría cada vez más. Me señaló, entonces, que quienes habíamos desarrollado una visión crítica estábamos demasiado lejos de los lugares de poder, dentro de una fuerza que cada vez centralizaba más sus decisiones. Tuve que admitir que eso era bastante cierto, pero insistí en que, con todos sus errores, Montoneros seguía siendo la única alternativa posible frente a la derecha peronista y al partido militar. No pude convencer a mi interlocutor, cuyas relaciones con sus compañeros de militancia estaban, además, bastante deterioradas.

Esa noche, mientras le contaba la charla a mi mujer, le dije que quería seguir militando en la organización: ¿por los ideales que nos habían llevado a responder a la convocatoria del Che? ¿Por los compañeros queridos con quienes militamos? ¿Porque creíamos en la posibilidad de que la política que criticábamos fuera corregida? No tengo una respuesta. En cualquier caso, nunca me arrepentí de esa decisión. Pero, teniendo en cuenta cómo resultaron las cosas, tampoco creo que pueda cuestionarse a quienes en diferentes momentos tuvieron sus razones para pensar que la cosa “ya no daba para más”.²

Hoy leemos con emoción que Walter Benjamin, mientras huía a través del continente ocupado por los nazis, continuaba sus trabajos y lecturas en París y demoraba su partida hacia los Estados Unidos —donde lo requería Theodor Adorno—, porque sostenía que “aún había en Europa posiciones que defender”. Sería estúpido calificar de suicida esa actitud de resistencia intelectual, porque aunque el

reclamo de Adorno hoy nos parezca más que razonable y, finalmente, Benjamin terminara quitándose la vida ante la imposibilidad de transponer una frontera y la certeza de caer en manos de los nazis, no deja de ser cierto que, frente a tantas cosas entrañables que se estaban destruyendo en Europa, no faltaban motivos para permanecer allí. Y nada más personal, en estos casos, que la decisión de seguir afrontando los riesgos o de partir al exilio.

Lo cierto es que a partir de aquel encuentro todo se hizo un poco más difícil. Había algo de omnipotencia en creer que se podía seguir militando con ese estado de ánimo pero, para mí, en ese momento, la salida de la organización estaba excluida como opción. No sentía por los montoneros esa identificación especial que se advertía en los miembros fundadores, tampoco participaba de la idealización que hacían los compañeros jóvenes que no habían tenido militancia anterior. Nuestro grupo se había incorporado cuando llegamos a la conclusión de que sólo desde el peronismo revolucionario podía construirse una fuerza con verdadera adhesión popular y que Montoneros había alcanzado una inserción social que hacía impensable que otra organización pudiera ocupar ese lugar.

En consecuencia, irse de la "orga" era renunciar a la militancia y, en los hechos, a la misma idea de revolución que —aunque hoy resulte difícil de entender— se había constituido en el eje de nuestras vidas en los diez años anteriores. Me veía en el exterior, impaciente, esperando las noticias que hablarían de los compañeros caídos, y no me costaba imaginarme cuánto más incómodo y angustiado me sentiría en esa situación. En medio de estos recuerdos obsesivos de la primera noche en prisión, finalmente me dormí. Tampoco eso estaba mal: en la filosofía de los presos comunes, lo aprendería después, el sueño es también un modo de ganarle a la cárcel (o de escaparle, más bien).

Cuando me desperté por primera vez en ese lugar, todo parecía distinto. Porque así se ven las cosas cuando uno se despierta y, además, se iniciaba mi vida de preso. Una etapa que me suscitaba demasiados interrogantes. ¿Cómo seguiría todo? Lo más importante,

se me ocurrió, sería reprimir la ansiedad. Siempre había sido muy ansioso, pero al mismo tiempo tenía cierta capacidad para bancarme lo que pasara. Una vez un compañero me preguntó cómo podía ser tan ansioso alguien que siempre hablaba de la “guerra prolongada”. Me interesó la pregunta, pero intenté pensar que se trataba de dos temas muy distintos.

La guerra prolongada era un discurso, una idea que servía para imaginar el futuro del país, para fundamentar cierto tipo de construcción política. Ya tenía poco que ver con la formulación maoísta basada en la lucha campesina, pero usábamos el término “prolongada” para indicar que sólo un largo proceso de acumulación de fuerzas podía permitir el triunfo frente a un enemigo poderoso. No es cierto, como se dice con frecuencia, que todos creyéramos que la revolución estaba al alcance de la mano. Simplemente, en esa época creíamos que era posible.

La ansiedad tenía menos que ver con las propuestas políticas que con lo personal: con aquello mal resuelto, como la contradicción entre la militancia que demandaba una entrega absoluta y tantas otras cosas que me gustaban, como seguir estudiando, y también —me asombró pensar esto— tenía que ver con las mujeres. En esa compulsión hacia la militancia no estaba claro el lugar que podían ocupar las mujeres. La clandestinidad impone restricciones muy severas, además de que hay que ser muy hijo de puta para enredarse en cualquier historia cuando te espera en tu casa una mujer que, ante cualquier demora, pensará que te están torturando. Sin embargo, hoy veo claramente que, enamorado de una mujer con la que compartía todo lo que me parecía importante de la vida, yo me engañaba imaginando que era la austera vida militante la que me privaba de un mundo de infinitas aventuras amorosas. Demasiadas críticas podían hacerse a la organización para convertirla también en responsable de mi monogamia.

Unos días después me llevaron a un pabellón celular donde los presos, agrupados de a cuatro por celda, tenían recreo casi todo el día. Encontré unos pocos conocidos, pero muchos compañeros.

Gente que me abrazaba con mucho afecto, me convidaba un mate y preguntaba ansiosamente cómo iban las cosas afuera, aunque las más de las veces no esperaran la respuesta: las cosas no podían sino ir bien. Algunos tomaban mate y hablaban despreocupadamente de fútbol, de cine y también de política; otros hacían cursos; otros parecían tener una reunión orgánica: los grupos políticos seguían funcionando en la cárcel. Ya lo había señalado el general Alcides López Aufranc, un año antes, en un artículo de *La Nación* que llamaba a no repetir con los presos la experiencia permisiva del gobierno militar anterior. Un texto que —aunque entonces no se advirtió— prenunciaba el futuro de los desaparecidos.

Al día siguiente de mi ingreso tuve una reunión con los responsables de la organización en el pabellón. Informé sobre la debilidad del gobierno de Isabel Perón y las resistencias a su política económica, hice referencia al crecimiento de las coordinadoras sindicales y al significativo aumento de la afiliación al Partido Auténtico, últimas iniciativas políticas apoyadas por Montoneros que habían recogido en el Gran Buenos Aires una importante adhesión. Sin embargo, elípticamente, mencioné las dificultades que las tareas políticas podían encontrar por la creciente militarización de la coyuntura.

Me esforcé por mostrar cierto entusiasmo, aunque el tono de objetividad periodística que adopté despertó más sospechas. “Tu visión de la situación de los compañeros afuera no parece muy optimista”, me dijo con tono de reconvención uno de los dirigentes, más preocupado por “mantener la confianza de los compañeros en la organización” que por ayudar a que se entendiera lo que estaba pasando. Aunque, como descubriría más tarde, él era demasiado inteligente como para creer todo lo que decía.

Dos semanas más tarde me trasladaron a un pabellón abierto, donde unas ochenta personas dormían en un espacio común. Allí tenían televisión y radio, se cocinaba para todos, había clases de gimnasia y peñas artísticas, pero además cursos de todo tipo con una disciplinada asistencia. Los presos más jóvenes recorrían admirados las mateadas donde algún tupamaro contaba los orígenes de